

SAN ANSELMO, ARZOBISPO DE CANTORBERY, CONFESOR Y DOCTOR

Día 21 de abril

P. Juan Croisset, S.J.

Fue San Anselmo uno de los más ilustres y más santos prelados de su siglo, y nació en Aosto, ciudad del Piamonte, el año de 1033. Era hijo del conde Gondulfo y de Ermerberga, uno y otro de las más nobles familias de la Lombardía y del Piamonte; y como reinaba en su casa el esplendor y la abundancia, fue criado Anselmo con delicadeza y cuidado. Ermerberga, su madre, señora más distinguida aun por su piedad que por su nobleza, conociendo las inclinaciones y máximas de Grondulfo, más ajustadas á los dictámenes del mundo que á los de la religión, se encargó ella sola de la educación de su hijo. A pocos días pudo darse el parabién de su determinación. No hubo niño más dócil; y si la brillantez y la vivacidad de su ingenio, casi desde la cuna, fueron asunto de la admiración de cuantos le trataban, su candor y su bello natural le conquistaron los corazones de todos. Correspondió á los progresos que cada día iba haciendo en la virtud el que hizo en el estudio de las letras humanas. Desde luego se le descubrió una devoción tan tierna á la Santísima Virgen, que nadie dudó sería con el tiempo uno de los siervos más amados y más favorecidos de esta Señora.

Como las lecciones y los ejemplos de su virtuosa madre sólo inspiraban al niño Anselmo un santo amor á la virtud y un deseo encendido de su salvación, se disgustó presto de las grandezas y de los oropeles del mundo. Siendo de edad de quince años se determinó á abrazar el estado religioso; mas, por no desazonar á su

familia, no le quisieron recibir. Entristeci6se tanto con esta repulsa, que le cost6 una enfermedad; pero no le dur6 mucho el fervor. Entibi6se en 6l luego que recobr6 la salud, y no contribuy6 poco para apagarle del todo la muerte de la condesa, su madre. El poco caso que el conde hacfa de 6l, su vida no muy cristiana, y su poca inclinaci6n 6 la virtud, dejaron al joven Anselmo tanta libertad, que presto pas6 6 ser disoluci6n; aunque no dur6 en ella mucho tiempo, porque se sirvi6 Dios de la misma aversi6n que el padre concibi6 contra 6l para traerle hacia S6. No hubo sumisi6n ni rendimiento que Anselmo no practicase para desenojar 6 un padre irritado, de quien habfa sido el 6dolo hasta entonces; pero de nada sirvi6 sino de enconar m6s aquel coraz6n irreconciliablemente enfurecido. No quiso Gondulfo ver m6s 6 su hijo; y Anselmo tom6 la resoluci6n de ausentarse, pareci6ndole que esto podrfa contribuir 6 templar el enojo de su padre; y, retir6ndose 6 Francia, estuvo all6 tres a6os, sin saber qu6 rumbo seguir ni 6 qu6 determinarse.

Esta misma indecisi6n despert6 en 6l su antiguo amor 6 los libros; y llegando 6 su noticia la fama de Lanfranco, que tambi6n habfa llegado 6 Francia desde Lombardfa, resolvi6 pasar 6 la abadfa de Bec en Normandfa, donde se hallaba prior aquel insigne hombre. En la escuela de tan h6bil como santo maestro aprendi6 la filosoffa y la teologfa, en cuyas facultades hizo tan ventajosos progresos, que ellos mismos encendieron m6s su ardiente pasi6n por el estudio. Considerando un dfa la penosa vida que trafa s6lo por hacerse sabio, se avergonz6 de lo poco que trabajaba por hacerse santo; y esta reflexi6n volvi6 6 encender en 6l los antiguos deseos de abrazar el estado religioso. Abraz6le finalmente, siendo de veintisiete a6os, en la misma abadfa de Bec, recibiendo el h6bito de manos de Heluino, que era su abad y habfa sido su fundador. Fueron tan

extraordinarios y tan prontos los progresos que hizo en la perfección religiosa, que, habiendo sido electo abad de San Esteban de Caen el célebre Lanfranco, tres años después de su noviciado, fue Anselmo sucesor suyo en el priorato de Bec.

No obstante la virtud de los monjes más antiguos de aquella abadía, no pudieron disimular el resentimentillo que esta preferencia les causaba; pero á poco tiempo supo Anselmo calmar los ánimos y ganar los corazones con su dulzura, con su humildad y con su invencible paciencia. Parecía que sólo le habían hecho superior para ser más oficioso, y para prevenir hasta las más menudas necesidades de los monjes. Su caridad no tenía límites; pero menos parece que tenía su mortificación.

Ayunaba todos los días, y maceraba su cuerpo sin piedad. El estudio y la oración le ocupaban casi todo el tiempo que le dejaban libre las obligaciones del oficio. No contento con orar, enseñaba á otros á tener oración. Todo cuanto se veía en él era instrucción y enseñanza; el aire, la modestia, las conversaciones, hasta el mismo silencio, todo inspiraba amor á la virtud. Con estas mudas lecciones del joven prior floreció presto la observancia y disciplina regular en el monasterio; y á vista de sus ejemplos se volvió á encender en él el primitivo fervor.

Pero lo que sobre todo hizo célebre en toda Europa la abadía de Bec, fue la aplicación y la gracia que tenía Anselmo para criar la juventud. Su modo grato, dulce, cortesano, con una prudente indulgencia, acompañada de una oficiosa y suave severidad, yendo en todo delante con el ejemplo, eran los eficacísimos medios de que se valía para allanar todas las dificultades. Escribiéndole un abad demasiado rígido, y quejándose de la poca docilidad de sus súbditos, el Santo le respondió en estos términos: «¿Cómo quieres que reine en tu casa la paz y la

observancia, si no aciertas á alimentar á tus hijos más que con hiel y amargura?» A otro monje joven le decía en cierta ocasión: «¿Quieres ser feliz en la vida religiosa? Pues olvídate del mundo, y alégrate mucho de que el mundo se olvide de ti». «El mayor tirano del monje, añadió en otra ocasión, es la propia voluntad; porque sólo sirve para turbar su quietud, y para hacerle padecer cada día nuevos tormentos. El claustro es el verdadero Paraíso terrenal para aquel que puede decir: « No vivo yo, sino Cristo en mí».

No hubo en su tiempo hombre más estimado, ni que más mereciese serlo. Concurrían de todas partes sujetos de la primera calidad á ponerse debajo de su gobierno; y su virtud, no sólo eminente, sino apacible, cortesana, urbanísima, y aun culta, por decirlo así, convirtió la abadía de Bec en un seminario de santos.

Ya no permitía á Heluino su avanzada edad atender á los negocios del monasterio, y así encargó todo el peso del gobierno á la prudencia de su santo prior. Pero ni esta multitud de ocupaciones le sirvieron de estorbo para no enriquecer al público con excelentes obras, cuales fueron los libros *De la verdad de la existencia de Dios, De su esencia y atributos, De la caída de los ángeles, y El libre albedrío*. Así sus *Cartas*, como los *Tratados sobre la oración*, están llenos de una doctrina tan espiritual y de una moción tan exquisita, que muestran bien no haber sido nuestro Santo menos eminente en los sublimes secretos de la teología mística que en los puntos más profundos de la teología escolástica.

Muerto el venerable abad Heluino, tuvieron poco que deliberar los monjes en la elección del sucesor. En vano fue la suma tenacidad con que se resistió Anselmo; pues se vio precisado á rendirse á una elección, que fue aplaudida de todos. Pero la nueva dignidad sólo sirvió

para que brillase desde más alto su virtud, creciendo su fervor al paso de los años. Tan humilde, tan mortificado y tan exacto en todo era cuando abad, como había sido cuando novicio. No se observó la menor alteración en su dulzura, en su modestia y en su apacibilidad; de manera que sólo se conocía que era superior en que iba delante de todos á los ejercicios más humildes y más penosos de la observancia regular.

Obligado á pasar á Inglaterra por algunos negocios de la abadía, creció con su presencia el elevado concepto que ya se tenía en aquel reino de su mérito y de su virtud. Todos los grandes, y hasta el mismo rey Guillermo I, llamado el Conquistador, le veneraban como á santo y le oían como á oráculo. No le veneró menos que su padre el rey Guillermo II; pero se aprovechó poco de sus consejos. Había cinco años que estaba vacante la Silla de Cantorbery por muerte del célebre Lanfranco; y dejando el Rey aquello que juzgaba ser bastante para mantenerse los monjes y los clérigos, había incorporado en su dominio todas las demás rentas de dicha iglesia. Hízose sordo aquel monarca, así á las amenazas del Pontífice, como á las justas quejas y representaciones de los buenos, sin dar oídos más que á su pasión, hasta que la pesada mano del Señor se grabó sobre él, enviándole una peligrosa enfermedad. Estremecióle el miedo del tremendo juicio de Dios, y le pareció que el mejor medio de reparar los males que había hecho á la Iglesia era nombrar á Anselmo por arzobispo de Cantorbery. No pudo ser más aplaudida la elección del Rey; pero tampoco pudo ser mayor la resistencia de Anselmo. Lleváronle como arrastrando hasta el cuarto del Rey; proclamáronle arzobispo; pero ni las lágrimas de todo el clero, ni los ruegos de los prelados, ni las órdenes del Rey pudieron doblar su constancia y aun su tenacidad en la renuncia, hasta que, finalmente, le obligaron á aceptar por obediencia; pero las copiosas lágrimas que derramó

mientras duró la función de su consagración, que se celebró el día 5 de Diciembre del año de 1093, acreditaron bien lo mucho que le costaba aquel violento sacrificio.

Apenas recobró el Rey la salud, cuando se arrepintió de su elección. Hízole el nuevo arzobispo representaciones llenas de respeto; mas ni aun así fueron de su agrado. La religiosa constancia del prelado en reconocer á Beato Urbano II por legítimo pontífice; su valor en defender los bienes de los pobres y los derechos de la Iglesia, y su blando pero generoso tesón en corregir los abusos y en reformar las costumbres, enconaron contra él el corazón de aquel príncipe. Pasó nuestro Santo á verse con el Rey, y no perdonó medio alguno para conciliarse su benevolencia; pero desde luego conoció los muchos trabajos que le amenazaban. No por eso se acobardó, antes se animó más su ardiente y generoso celo. Restituido á su iglesia, se aplicó enteramente á la reforma de las costumbres y al alivio de los pobres, produciendo todo su efecto, así las crecidas limosnas que hizo, como los grandes ejemplos que dio, y acreditando con nueva experiencia que nada puede resistirse al celo y á la virtud de un obispo santo.

Noticioso Anselmo de lo irritado que estaba contra él el ánimo del Rey, juzgó que su ausencia podría conducir para templarle. Pasó á la corte y pidió licencia á aquel monarca para ir á recibir el palio de mano del papa Beato Urbano II. Lo mismo fue oír esto el Rey, que arrebatarse de cólera, y, encendido en ella, declaró que durante el cisma no quería se reconociese en Inglaterra á otro Papa que al que él mismo reconociese. Conformóse cobardemente con el Rey la Junta del clero convocada en Rochingham, en la cual presidía nuestro Anselmo. Pero éste tomó á su cargo descubiertamente y con el mayor empeño la defensa del papa Beato Urbano II. Representó

que había aceptado el arzobispado con la precisa condición de reconocerle; mas no fue oído, porque la adulación, la política y el interés abrazaron el partido del Antipapa, y declarados los preladados por el cisma, después de cargar de injurias á Anselmo, protestaron no reconocerle ya por Primado.

No es fácil explicar lo mucho que padeció el santo arzobispo. El cortesano que le insultaba más, ése hacía mejor la corte al Rey, y alegaba por mérito el insulto. Quitáronle los criados que eran de su mayor confianza; desterraron á sus mejores amigos; estudiaron todos los modos y arbitrios de desazonarle; pero el ansia que tenía de ser humillado y de padecer le preservó aun de la menor impaciencia. Embargáronle sus rentas, persiguiéronle, despreciáronle, maltrataronle; pero tan invencible fue su heroico sufrimiento como su heroica fe. Al fin, reconciliado el Rey con el papa Beato Urbano II, después de haberse separado del cisma, no dejó piedra por mover para interesar al Pontífice en su pasión, insistiendo con él en que depusiese á Anselmo; pero sólo consiguió que el Papa le estimase más, enviándole el palio y declarándose protector y defensor suyo en todas ocasiones.

No podía durar mucho tiempo la paz entre la avaricia del Rey, que quería absolutamente poseer todas las rentas de la Iglesia de Cantorbéry, y la delicada conciencia del Santo, que no podía permitirlo. Pero juzgó que debía prevenir la tempestad, y se retiró á Francia, con ánimo de pasar á Roma. Vióse precisado á detenerse en Lyon para descansar y reponerse de lo mucho que le habían debilitado las fatigas del viaje, juntas con sus excesivas penitencias. Desde allí escribió al Papa, representándole la repugnancia con que había aceptado el arzobispado, y suplicándole se sirviese exonerarle de él, sin obligarle á pasar los Alpes; mas Su Santidad, lejos

de dar oídos á sus instancias, le ordenó que se llegase á Roma, donde le recibió con la mayor ternura y con toda la distinción que se merecía uno de los más sabios y más santos prelados de la Iglesia. Mandó que le pusiesen cuarto en su mismo palacio de San Juan de Letrán, y con la presencia de Anselmo creció el grande concepto que ya tenía de su santidad. Instruido el Papa de lo mucho que había padecido por defender los derechos de la Iglesia, admiró su paciencia, y mucho más la moderación con que se quejaba del Rey; pero, haciéndosele más insufribles las honras con que le distinguían en Roma, que los malos tratamientos que había recibido en Inglaterra, suplicó á Su Santidad le diese licencia para retirarse á Telesio, ciudad del reino de Nápoles, en la abadía de San Salvador, cuyo abad había sido discípulo suyo en la de Bec.

En el retiro de la soledad se le renovó el tedio con que miraba el obispado, y así hizo nuevas instancias al Papa para que le permitiese renunciarle, pero tan sin fruto como las antecedentes. Estando en aquel santo retiro tuvo orden de pasar á Bari para asistir al concilio que se celebraba en aquella ciudad. Dejóse ver y oír con general estimación, y habló con tanta energía y con tanta elocuencia contra el error de los griegos, probando con tanta solidez el dogma de la Iglesia sobre el modo con que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, que, así el Papa como el Concilio, exclamaron que el mismo Espíritu Santo había hablado por la boca de Anselmo. Como fue tan elevado el concepto que formaron todos de las prendas de aquel hombre verdaderamente grande, quisieron los Padres instruirse á fondo de los motivos que había para perseguir á un hombre como él: conocieron toda su iniquidad y toda su malicia, y ya estaba el Papa resuelto á fulminar excomunión contra el Rey de Inglaterra, cuando fueron tantos los ruegos, y aun las lágrimas de nuestro Santo, que estorbó con ellas á que se

pasase á este extremo.

Concluido el concilio, volvió á Roma en compañía del Papa, y asistió á otro concilio que se celebró en aquella ciudad, donde le oyeron con la misma veneración que en el de Bari. Pero las extraordinarias honras que le tributaban en Italia, le obligaron á buscar en Francia un asilo, que fuese como defensivo de su profunda humildad. Consiguió, finalmente, licencia para volver á pasar los Alpes; y Hugo, arzobispo de Lyon, le recibió con especial alegría. Pero no pudo detenerse mucho en aquel reino, por la funesta muerte del rey Guillermo, que sucedió el año de 1100, porque su sucesor, Enrique II, le llamó á Inglaterra, donde no le dejó vivir más en paz que su predecesor. Suspendió, por decirlo así, la nueva persecución el papa Pascasio II, sucesor de Beato Urbano II, y Anselmo se aprovechó de esta especie de treguas para dedicarse á la reforma de las costumbres. Celebró en Londres un concilio nacional, en que restableció la disciplina eclesiástica, restituyéndola á su primitivo vigor; instruyó al pueblo con sus palabras y escritos, pero mucho más con sus ejemplos.

Habiéndose renovado entre el Arzobispo y el Rey la antigua diferencia sobre las investiduras, se vio precisado á emprender segundo viaje á Roma, donde el papa Pascasio II excedió á su predecesor en las honras que hizo á nuestro Santo. Informado el Rey de la general aprobación que había merecido la conducta de Anselmo en aquella corte, le prohibió que volviese á Inglaterra; y, obedeciendo el arzobispo, escogió por lugar de su destierro á Lyon de Francia, donde pasó diez y seis meses, dedicado enteramente á los más fervorosos ejercicios de devoción y de virtud.

Pero Adela, hermana del Rey, que profesaba singular veneración á nuestro Santo, no pudo permitir

que estuviese más tiempo en su destierro. Toda la Inglaterra clamaba por su primado, y la iglesia de Cantorbery por su arzobispo y por su apóstol. Hízole la condesa pasar á Normandía, donde le volvió á la gracia del Rey, el cual, después de sus falsas preocupaciones, reconoció la virtud del arzobispo, que acreditaba Dios cada día con grandes milagros. Recibióle con respeto, abrazóle con ternura y le volvió á colocar en la pacífica posesión de todos sus derechos.

No gozó Anselmo largo tiempo de esta tranquilidad, porque, acometido de una prolija y molesta enfermedad, se detuvo en la abadía de Bec, y no pudo restituirse á su iglesia hasta el año de 1107. Fue recibido en ella con la pompa que inspira á todos los pueblos el respeto y la ternura que profesan á la santidad; y no estuvo ocioso en aquella calma, porque se aplicó el vigilante Pastor á apacentar á sus ovejas con el más celoso desvelo.

Causa verdaderamente admiración cómo este gran Santo, en medio de una salud tan débil y tan quebrantada con sus excesivas penitencias, con tantas y tan molestas persecuciones, con tantos trabajos y fatigas, pudo encontrar tiempo para enriquecer la Iglesia de Dios con tan prodigioso número de obras excelentes, en las cuales no se sabe qué debe admirarse más, si su profunda erudición y sabiduría, ó su tierna y fervorosa piedad. Son pocos los doctores de la Iglesia que han tratado los dogmas más elevados y las cuestiones más espinosas y sutiles con tanta precisión y con tanta solidez como este hombre verdaderamente grande. A él le debe la teología escolástica su método, y la mística ó ascética sus progresos.

Aunque en todos sus escritos se deja reconocer la ternura de su devoción, en ninguno brilla más, ni se derrama con mayor abundancia, que en sus *Meditaciones*

sobre la Pasión de Cristo, y siempre que trata de las excelencias de la Virgen. La devoción á la Madre de Dios nació con él, y creció al paso de sus años. Fue uno de los primeros doctores de la Iglesia que hablaron con mayor énfasis y con mayor energía de su Inmaculada Concepción; y no podía reprimir las lágrimas en el altar, ni cuando oía hablar de los privilegios y del poder de la Santísima Virgen.

Hacía tres años que Anselmo gobernaba en paz su Iglesia de Cantorbery, acabando de consumir las pocas fuerzas que le restaban en las penosas tareas de su pastoral ministerio, cuando reconoció que se acercaba su fin. Dobló visiblemente los ardientes esfuerzos de su fervor; y como su gran debilidad no le permitiese celebrar todos los días el santo sacrificio de la Misa, se hacía llevar á la iglesia para asistir á él. Finalmente, el Miércoles Santo del año de 1109, que cayó en 21 de Abril, estando tendido sobre la ceniza y cubierto con un áspero cilicio, mientras le leían la Pasión del Señor, rindió en sus manos dulcísimamente aquel bienaventurado espíritu, á los diez y seis años de arzobispo y á los setenta y seis de su vida.

Los muchos milagros que hizo Anselmo en vida, y los que obró Dios en su sepulcro después de muerto, le hicieron célebre y glorioso. Consérvanse sus reliquias en diversas iglesias, como en Colonia, Praga y Bolonia; en Italia y en Amberes están expuestas á la pública veneración. La Iglesia le venera como á uno de sus ilustres doctores, y en sus escritos dejó eternos monumentos de su ingenio, de su piedad y de su sabiduría.

La Misa es en honra del Santo Doctor, y la oración la que sigue:

¡Oh Dios, que hiciste al bienaventurado Anselmo ministro de la eterna salvación de tu pueblo! Suplicámoste nos concedas que merezcamos tener por intercesor en el Cielo al que tuvimos por maestro y por doctor en la Tierra. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 4 de la segunda del apóstol San Pablo á Timoteo , y la misma que el día 4.

REFLEXIONES

Vendrá tiempo en que no podrán sufrir la doctrina sana. Pregunto: ¿y no ha llegado ya este desgraciado tiempo? ¿Qué caso se hace hoy de la doctrina de Jesucristo? ¿Qué respeto se profesa á sus mandamientos? ¿Qué rendimiento á su voluntad? ¿Qué sumisión humilde á las decisiones de la Iglesia?

Erígese el día de hoy, por autoridad propia, el espíritu del mundo en tribunal supremo, al cual pretende que deben hacer estar sujetas las más sagradas máximas del Evangelio, las más respetables verdades de la religión, y hasta la doctrina del mismo Jesucristo. Todo se examina, todo se proscribe, todo se condena, según el capricho, según las débiles ideas del entendimiento humano. Preténdese que un entendimiento de tan limitados alcances, que no puede penetrar las verdaderas causas de los defectos naturales más comunes, que ignora lo mismo que palpa y ve, que no descubre la formación maravillosa de una hormiga, ni las propiedades de la hojita de un árbol; preténdese, digo, que este limitadísimo entendimiento, medio sepultado dentro de la carne, y esclavo siempre de sus pasiones en el mundo, ha de ser juez supremo en materia de dogma y de doctrina. Todo lo que no es conforme á la

extravagancia de su juicio y de sus inclinaciones se reprobaba, todo lo que es contrario al error de los sentidos se proscribía. Si la razón no puede juzgar en punto de doctrina, entra siempre á ser sustituida, y lugarteniente la pasión. Por aquí podremos conocer la rectitud y la justicia de sus decisiones. La fe sigue ordinariamente la fortuna del mortal; por donde va éste, va regularmente aquélla. Luego que la pasión se apodera del tribunal de la religión, y quiere presidir en él, rompe los diques el error, y todo lo inunda; entonces todo es descamino, todo ilusión, todo orgullo, todo obstinación. Presto ciega del todo el que ni ve ni quiere ver sino con la luz medio apagada de su propio entendimiento. Este es el destino de los que no pueden tolerar la sana doctrina; ni los sentidos ni el amor propio se acomodan con ella: vencerse, violentarse, mortificarse, es una doctrina incómoda; pero, al fin, ésta es la doctrina sana, porque es la del Evangelio. Más el amor propio busca otros maestros que le enseñen al gusto de sus deseos.

El Evangelio es del cap. 5.º de San Mateo, y el mismo que el día 4.

MEDITACIÓN

De la conversión verdadera.

PUNTO PRIMERO.—Considera que no hay cosa más ordinaria que conversiones aparentes, y acaso tampoco la hay más rara que una conversión verdadera. Gran prueba son de esta verdad las frecuentes recaídas. Conoce uno que es pecador, confiesa su iniquidad, acúsase de sus culpas; pero ¿detesta íntimamente sus pecados? El espíritu está humillado; pero ¿está igualmente contrito el corazón?

Si consistiera la verdadera conversión en declarar

sus maldades, en reconocer sus desaciertos y en sentir alguna displicencia, algún dolor de sus faltas, muchos estarían convertidos, que en medio de todo esto mueren impenitentes. Judas Iscariotes reconoció y confesó su pecado; Antíoco lloró los suyos, y ni uno ni otro se convirtieron. Los más se confiesan en las principales fiestas; pero ¿cuántos se convierten en ellas?

Es necesaria la conversión del espíritu, es indispensable la conversión del corazón; sin esto no hay conversión verdadera. Es menester mudar totalmente de ideas, de principios y de motivos. Hallabas antes razones de equidad, de necesidad, de congruencia para esos contratos usurarios, para esa vida poco cristiana, para esas frívolas dispensaciones. ¿Te has convertido de veras? Pues ya es preciso pensar todo lo contrario. Parecían difíciles y aun impracticables los mandamientos de la ley de Dios; no consultabas más que á tu pasión, á tu inclinación, á tu amor propio. ¿Estás verdaderamente con vertido? Pues deshiciéronse esos encantos, y esos atractivos se desvanecieron. Ya no sólo te parece posible, sino justa, dulce, fácil la ley santa de Dios; ya no sigues tu inclinación, y el Evangelio es la única regla de tu vida; ya no te parecen falsas y aparentes las brillanteces del mundo, sus placeres amargos, sus diversiones insulsas, sus halagos insípidos. Ya apenas aciertas á concebir cómo un hombre de razón puede ser libertino, cómo un corazón criado para el verdadero bien puede hallar gusto en lo que es veneno y ponzoña. Siéntese una especie de indignación contra su propia brutalidad. ¿Es posible que siendo yo cristiano pude ser vicioso? ¿Es posible que creyendo unas verdades tan terribles como las que creo pude vivir tan descaminado? ¿Es posible que experimentando en mí mismo la vanidad, la nada, y aun la amargura de estos falsos deleites, hice de de ellos mi ídolo? Estos son los ordinarios efectos de una, verdadera conversión; ¿tiene

la mía estas señales?

PUNTO SEGUNDO. — Considera que, aunque la verdadera conversión consiste principalmente en el corazón y en el espíritu, no por eso deja de ser muy visible. El aire, los modales, la conducta, el traje, las conversaciones, todo grita que el corazón está verdaderamente convertido. Los objetos son los mismos, pero no hacen la misma impresión; puede ser que se encuentren los mismos estorbos, las mismas dificultades; pero se siente nuevo vigor, nuevo aliento. El mundo presenta sus rosas, pero se las trata como si fueran espinas. Y como ya no se discurre sino por los principios del Cristianismo, tampoco se habla sino según las máximas y las verdades de la religión.

Es de admirar que se padezcan tantas equivocaciones en materia de conversión, siendo así que no hay cosa más visible que las señales que la caracterizan. No sólo se tiene horror al pecado; se tiene, por lo menos, otro tanto á las ocasiones de pecar. No sólo se huye de la culpa, sino del lugar y de la persona que sirvió de tentación. No sólo se destierra el jugador del juego, pero aun de la casa donde se juega; porque, desengañémonos, el que sólo se convierte á medias, no está verdaderamente convertido.

¿Quieres ver un perfecto retrato de una verdadera conversión? Pues pon los ojos en la Magdalena; detesta tus culpas, y, como el motivo de su dolor es el amor de su Dios, no guarda medidas; y así se le perdonan todos sus pecados, porque amó mucho. No se avergonzó de ser pecadora, pero se avergüenza mucho menos de parecer arrepentida. Arrojóse á los pies del Salvador en la misma sala del convite; no busca ocasión de que no la vean; antes quiere entienda todo el mundo que está ya convertida. Es grande su confusión, pero es mucho mayor

su resolución y su aliento. Y, después de este paso, ¡qué vida fue la suya! ¡Qué perseverancia en ella!

Ya no se aparta más del lado de Jesucristo; mira con horror al mundo, y desea que el mundo la mire con horror á ella. Su devoción no está pendiente de la prosperidad; en todos tiempos es su fervor inalterable. Sigue al Salvador, no sólo hasta el Calvario, sino hasta el sepulcro. Tanto excitan su amor las ignominias que Cristo padece, como los milagros que hace. ¡Qué deseo, qué ardor, qué ansia por hurtar, si pudiera, el cuerpo de su divino Maestro después de sepultado ! Ni la enorme y pesada piedra del sepulcro, ni el sello del príncipe, ni la compañía de los soldados que le guardaban, son capaces de templar su fervor, de desalentar su animosidad. Así piensa, así obra, así se muestra siempre una misma, una alma verdaderamente convertida. Concluyamos de aquí, que hay pocas conversiones verdaderas, y juzguemos también esto mismo por la poca perseverancia.

Relájase San Anselmo, resbala en el desorden; no son extraordinarias sus caídas, pero conoce su perdición en el auxilio de la divina gracia. ¡Qué arrepentimiento, qué mudanza, qué firmeza! Convirtióse una vez de veras, y jamás se desmintió. Dios mío, ¡ qué debo yo pensar de mis frívolos arrepentimientos, de mis inconstantes propósitos , de mis ineficaces deseos!

No permitáis, Señor, que suceda lo mismo con esta mi presente conversión; detesto mis pecados, siento un verdadero deseo de convertirme y de mudar de vida. Pero ¿de qué me servirán estos propósitos, si son ineficaces? Haced que lo sean con vuestra gracia, y que sea éste el primer día de mi perfecta conversión.

JACULATORIAS

Confirma, Señor, y haz eficaces los deseos que Tú mismo me has inspirado.—Ps. 67.

Restituidme, Señor, aquel espíritu de alegría que debe ser la prenda de mis paces con Vos; pero dadme al mismo tiempo el espíritu principal de la firmeza y de la perseverancia.—Ps. 50.

PROPÓSITOS

1. Puesto que la conversión no es otra cosa que la vuelta del alma á Dios, ¿es de extrañar que haya tan pocas conversiones sinceras? ¿A quién se pretenderá engañar con esas resurrecciones aparentes? ¿Qué fruto se sacará de esas hazañas? Si la conversión es verdadera, ¿cómo es constante? Y si el propósito es falso, ¿qué será la penitencia? Tantas confesiones sin enmienda no pueden tranquilizar nuestra conciencia; pero ¿estará más tranquila cuando se prosigue pecando sin confesarse? No dilates un punto el poner remedio á este inagotable manantial de amargos arrepentimientos. Sea tu confesión en estas Pascuas efecto de una conversión verdadera, y que vaya acompañada de todas las señales que la caracterizan. Detesta tus pecados, y mira con horror todas las ocasiones de pecar. Es ilusión imaginar posible una voluntad seria de no pecar, sin una resuelta determinación de romper toda comunicación con el cómplice. ¿Estás resuelto á entablar una vida cristiana? Pues comienza desde hoy á moderar esos excesos en las galas, esa refinada delicadeza, esos aparatos de profanidad; comienza prohibiendo esa frecuente concurrencia al juego, esos cortejos en que se gasta el tiempo en algo más que en cosas inútiles; esa vida regalona, esos días ociosos y vacíos. Sin reforma no hay conversión; por aquélla se conoce ésta. Ese aire, esos modales, esa fantasía, toda esa conducta no corresponde á la santidad de tu estado.

2. - La contrición es interior, pero la conversión debe ser visible. Jesucristo resucitó, decía el ángel á las mujeres que le iban á buscar al sepulcro; ya no está aquí. Este es el verdadero modelo de un alma verdaderamente convertida. Detesta ya los desórdenes de tu vida pasada, tu conducta poco regular, tus frecuentes recaídas, tu vida regalona, inútil, entretenida. Pues haz que después de esta Pascua se pueda decir con verdad: Fulano resucitó. Y así no hay ya que buscarle en esas concurrencias del mundo, en esas ocasiones próximas, en esas costumbres de pecar, porque ya no está aquí; en nada de esto se le encuentra, ni se halla en esas diversiones peligrosas, ni asiste á esas tertulias ocasionadas; su frecuente asistencia á la iglesia, su respeto y su devoción en el templo, y aquella moderación, aquella apacibilidad en el trato, aquella circunspección, son visibles pruebas de su perfecta resurrección. Y ¿por qué no podrás tú lograr desde hoy el dulce consuelo de notar en ti mismo estas bellas pruebas? Acaso será ésta la postrera Pascua para ti.